

LA EX / LA MUJER

Tess Stimson

Traducción: Carmen Bordeu

MÖTUS

CAPÍTULO 1

El presente

LAS DOS ESTAMOS CUBIERTAS DE sangre. Sangre arterial brillante y oxigenada. Mi camisa está empapada. Tengo sangre en la boca, en las fosas nasales; la puedo sentir cuando respiro, puedo paladearla. Salada y metálica, como si hubiera chupado una barra de metal oxidada.

Me hamaco hacia atrás sobre los talones y me quito el pelo de los ojos. La pelea mortal nos dejó a las dos sin aliento, jadeantes. A tres metros de distancia, ella logra sentarse con dificultad; el brazo izquierdo le cuelga inerte a un lado.

El cuchillo yace en un charco de sangre rojo rubí brillante entre ambas. No le quito los ojos de encima ni por un segundo. Ella desliza la mirada hacia el filo del cuchillo y después la vuelve hacia mí.

El teléfono está fuera de mi alcance, dentro de mi bolso junto a la puerta. De todos modos, no tendría sentido llamar a una ambulancia. Él está muerto. Nadie que pierde tanta sangre puede sobrevivir.

Se escuchan gritos afuera. Personas que corren. La Casa de la Playa está separada del edificio principal del hotel, pero

el sonido se propaga a través del agua. Alguien escuchó los gritos. La ayuda está en camino.

Ella también se da cuenta. Sosteniendo el brazo dislocado contra su pecho, se vuelve con rapidez hacia la puerta abierta que da a la terraza, sopesando sus posibilidades. Es apenas un primer piso, y abajo hay arena blanda, pero la marea está subiendo y cortando la calzada elevada, y ella no está en condiciones de trepar los peligrosos escalones de los acantilados. De todas maneras, se está quedando sin tiempo; los gritos suenan al otro lado de la puerta.

Se vuelve hacia mí y se encoge de hombros: “No se puede ganar siempre”. Luego se echa hacia atrás, se apoya contra el borde del sillón y cierra los ojos.

El bullicio afuera se intensifica. La puerta tiembla y se astilla. Dos hombres irrumpen en la habitación, seguidos por una marea de rostros blancos. Detecto el espanto en sus ojos cuando registran la horrorosa escena. Uno de ellos se vuelve y cierra la puerta, pero no antes de que un teléfono móvil emita un destello entre el gentío.

Ahora, finalmente, tal vez todos me crean.

CELIA MAY ROBERTS
ENTREVISTA GRABADA: PRIMERA PARTE

Fecha: 25/07/2020

Duración: 41 minutos

Lugar: Hotel Burgh Island

Realizada por oficiales de policía de Devon y Cornualles

POLICÍA: Esta entrevista está siendo grabada. Soy el detective inspector John Garrett, oficial investigador superior del Equipo de Delitos Graves a cargo de la investigación de la muerte violenta de Andrew Page ocurrida en el Hotel Burgh Island en horas más tempranas del día de hoy. Hoy es sábado 25 de julio de 2020 y mi reloj marca las 3.40 de la tarde. ¿Nombre completo, por favor?

C. R.: Celia May Roberts.

POLICÍA: Gracias. ¿Podría confirmar su fecha de nacimiento?

C.R.: No entiendo qué importancia puede tener.

POLICÍA: Solo para dejar constancia, señora Roberts.

C.R.: Catorce de febrero de 1952.

POLICÍA: Gracias...

C.R.: ¿Quiere saber algo más sobre mí? ¿Cuánto calzo? ¿De qué signo soy? No maté a mi yerno. En vez de desperdiciar el tiempo conmigo debería...

POLICÍA: Señora Roberts, no es mi intención ser grosero, pero la parte de la introducción es importante. Así que lamento tener que interrumpirla.

C.R.: (Inaudible).

POLICÍA: Entiendo que todo esto le resulte molesto, señora Roberts. ¿Quiere una taza de té antes de que continuemos?

C.R.: No, gracias. [Pausa]. Lo siento. No quise ser maleducada. Es solo que... todos queríamos mucho a Andrew. No puedo creer todo esto.

POLICÍA: No se preocupe, señora Roberts. Podemos detenernos cuando sea.

C.R.: En realidad, creo que prefiero hacerlo de una vez y así poder estar con mi hija y mis nietos...

POLICÍA: De acuerdo. Presente aquí conmigo se encuentra la... Sargento detective Anna Perry.

POLICÍA: Señora Roberts, sé que esto es difícil, pero ¿podría decirnos qué... ?

C.R.: Caroline lo mató.

POLICÍA: ¿Se refiere a la mujer actual, la señora Caroline Page?

C.R.: Sí.

POLICÍA: ¿Presenció... ?

C.R.: Vi a esa mujer de pie junto a él, *in fraganti*. Había sangre por todas partes. Debería arrestar...

POLICÍA: ¿Había alguien más?

C.R.: Mi hija, pero...

POLICÍA: ¿Louise Page es su hija? ¿La exmujer del señor Page?

C.R.: Sí.

POLICÍA: ¿Qué estaba haciendo ella cuando usted llegó?

C.R.: Estaba en el suelo con Andrew. Tenía su cabeza en la falda.

- POLICÍA: A ver, para ser claros, señora Roberts. Usted no *vio* a Caroline Page apuñalar a su marido. Y no había nadie más allí, salvo su hija y la señora Page, ¿verdad? ¿No vio a nadie entrar o salir de la Casa de la Playa?
- C.R.: Había un par de empleados afuera que intentaban evitar que la gente entrara. Y por supuesto, muchas personas llegaron al lugar al mismo tiempo que yo. Todos escuchamos los gritos... se podían oír desde la mitad de la isla. Min estaba ahí, y mi hijo, Luke...
- POLICÍA: Pero no había nadie más *dentro* de la Casa de la Playa cuando usted llegó, salvo las dos mujeres, ¿no es cierto?
- C.R.: Ya se lo dije, Caroline...
- POLICÍA: Señora Roberts, atengámonos a lo que vio. [Pausa]. ¿Tal vez me pueda decir qué estaba haciendo usted en el Hotel Burgh Island en primer lugar?
- C.R.: [Pausa]. Mi marido y yo estábamos celebrando nuestras bodas de oro.
- POLICÍA: Felicitaciones.
- C.R.: Gracias.
- POLICÍA: ¿Habían organizado una especie de reunión familiar?
- C.R.: Sí, lo habíamos estado planeando desde el verano pasado.
- POLICÍA: ¿Y de quién fue la idea de invitar a su exyerno?
- C.R.: Andrew es parte de la familia. Se dio por sentado.
- POLICÍA: ¿Y también invitaron a la nueva mujer? ¿Qué dijo su hija al respecto?
- C.R.: Se divorciaron hace cuatro años. No es la primera vez que compartían un evento social.

- Hace unas semanas cenamos todos juntos después de la obra teatral de la escuela. Louise es más fuerte de lo que parece.
- POLICÍA: Según su nuera Min, así se llama, ¿verdad?... Nos dijo que ella y su hijo Luke le rogaron que no invitara al señor Page y a su esposa.
- C.R.: Louise me dijo a *mí* que no le importaba.
- POLICÍA: Señora Roberts, esto era bastante más que un simple encuentro en una obra escolar, ¿no le parece? Un fin de semana entero en una isla compartiendo una celebración familiar íntima con la mujer que había huido, lo siento, con su marido. Los ánimos estarían caldeados, sin duda.
- C.R.: Ya se lo dije, Louise *quería* que Caroline viniera.
- POLICÍA: ¿A pesar del llamado a la policía el mes pasado por un altercado entre ellas?
- C.R.: Louise dijo que quería hacer las paces, por el bien de los niños.
- POLICÍA: ¿No se le ocurrió que pudiera haber otro motivo por el que su hija querría a su exmarido y a su mujer allí?
- C.R.: ¿Cómo cuál?
- POLICÍA: Eso es lo que estamos tratando de determinar, señora Roberts. [Pausa]. ¿Tenía *usted* algún otro motivo para invitar a Caroline Page y a su marido, señora Roberts?
- C.R.: (Inaudible).
- POLICÍA: ¿Señora Roberts?
- C.R.: Por el amor de Dios. *Con el diario del lunes* todo es más fácil, ¿verdad, inspector?

**SIETE SEMANAS
ANTES DE LA FIESTA**

CAPÍTULO 2

Louise

TODOS EN LA FAMILIA RECIBEN una invitación formal a la fiesta de mi madre. Papel vitela de grano grueso, tipografía Eduardiana, letras en relieve, todo lo que uno se pueda imaginar. Bella coloca la nuestra en el lugar de honor, sobre la repisa de la cocina, apoyada contra el perro de plastilina que le hizo a Andrew para el Día del Padre cuando tenía cinco años. Andrew llevó el perro a la oficina y se lo mostró a todos con mucho orgullo, convencido de que la niña era una especie de prodigio artístico. No se lo llevó con él cuando se marchó siete años más tarde.

Las palabras en relieve me persiguen por toda la cocina como los ojos de la *Mona Lisa*. Las ignoro mientras vacío el lavaplatos, abro y cierro los armarios con el ritmo habitual y encuentro alivio en la alineación exacta de la vajilla, los bols apilados ordenadamente y la disposición militar de los cuchillos, los tenedores y las cucharas en sus compartimientos separados. Todo en su lugar.

Todo menos yo.

Bagpuss se escurre entre mis tobillos, impaciente por su desayuno. Echo un poco de alimento balanceado seco en

su plato, lo único que tolera en estos días, y le rasco con cariño detrás de las orejas.

—Aquí tienes, Bags. No comas muy rápido.

El viejo y fofo gato artrítico se inclina sobre su comida. Le sirvo agua, me preparo un té y me voy afuera. El aire huele a limpio después de la lluvia tan necesaria de anoche, pero ya promete ser otro día caluroso y atípicamente húmedo para junio. Me acurruco en la silla de mimbre que cuelga del manzano, doblo una pierna para colocar un pie debajo del trasero y empujo el suelo con el otro. Solía odiar las mañanas antes de que Bella y Tolly nacieran, pero en estos días valoro esta preciosa media hora de paz antes de que el mundo despierte. Me reclino y cierro los ojos. Es el único momento que tengo realmente para mí.

La invitación me ha perturbado más de lo que estoy dispuesta a admitir. Mi madre envió una a Andrew y a Caz también, aunque le rogué que no lo hiciera. Ahora tendré que enfrentarlos en mi propio terreno, en el corazón de mi familia.

Cuatro años atrás me las había ingeniado para sortear el día de su casamiento limpiando los armarios de la cocina mientras los imaginaba pronunciando los votos matrimoniales, restregando el suelo del baño mientras los visualizaba cortando el pastel y empujando la desafilada máquina de cortar pasto por el césped de quince centímetros mientras mi mente los veía salir a la pista para su primer baile de casados. Desde entonces, he aprendido a la fuerza a aceptar la presencia de ambos en los actos y las fiestas deportivas escolares. Levanté una coraza a mi alrededor para protegerme. Pero esto es diferente.

Tal vez porque son las bodas de oro de mis padres, un hito que soñaba alcanzar con Andrew. O porque mamá era el último reducto de resistencia contra Caz, y la invitación finalmente la saca del congelador. O tal vez solo necesite unas horas más de sueño. Me quedé despierta hasta las dos de la

mañana corrigiendo los exámenes de mitad de año de mis alumnos de Medios de Comunicación. Habría terminado antes si hubiera dejado pasar errores de ortografía y gramática, pero a pesar de haber descendido de las alturas de escribir una columna semanal en la calle Fleet, todavía tengo mis estándares.

El sol atraviesa el horizonte y una franja de luz dorada cae sobre mi rostro. *Andrew tenía razón*, pienso, mientras abro los ojos y contemplo las colinas ondulantes. A pesar de las dudas iniciales, *he* terminado por amar este lugar.

Todavía puedo verlo de pie sobre la pared de piedra baja del jardín el día que conocimos la casa por primera vez, hace casi diecisiete años, con los brazos bien abiertos y una expresión feliz en su rostro mientras describía con entusiasmo nuestra vida aquí. Un lugar donde nuestra hija recién nacida crecería sana y segura, con el viento en su cabello y el césped entre los dedos de los pies. En ese entonces, yo me resistía a dejar Londres; no por mi columna en el *Daily Post*, que podría haber escrito desde cualquier lugar, sino porque la ciudad me hacía sentir viva, conectada, como si tuviera el mundo a mi alcance. Odiaba la idea de renunciar a todo para instalarme en un lugar en ruinas y en medio de la nada que requeriría un gran esfuerzo económico. Pero Andrew lo había deseado tanto, y en aquellos días, le habría dado todo lo que pidiera. Nunca se me ocurrió que terminaría viviendo aquí sin él.

El teléfono suena en el bolsillo de mi bata y me sobresalta. Lo tomo y deslizo un dedo hacia la derecha; el rostro de mi cuñada aparece en la pantalla.

—¿Te estás por acostar o recién te levantas? —pregunto. Me pongo de pie y regreso a la cocina.

—Acabo de terminar un doble turno en el hospital —dice—. Llegué a casa hace un par de minutos.

Se ve tan descansada como si acabara de llegar de quince días en Hawái. Con cuarenta y siete años, es apenas cuatro años más grande que yo, pero a juzgar por la imagen en el

diminuto recuadro de FaceTime, yo podría pasar por su madre. Mi cabello castaño opaco necesita con urgencia unos reflejos y mis ojos azules lucen apagados.

—¿Una noche tranquila? —pregunto y apoyo el teléfono en la mesada de la cocina.

—Un choque múltiple en la M23. De terror —responde Min con anticipación. Su imagen se mueve de arriba abajo mientras camina hacia el estudio. Apoya el teléfono y sacude un sobre frente a la pantalla—. ¿Adivina qué encontré en el felpudo de entrada?

Amo a Min. Es graciosa e inteligente, y hace muy feliz a mi hermano Luke. Pero no tiene límites, y ya sé dónde terminará esto.

—Antes de que preguntes, sí, Andrew y Caz están invitados —afirmo y coloco otra bolsita de té en mi taza vacía—. Mamá quiere reunir a toda la familia para su gran día. Y ya sabes cuánto adora a Kit.

—Entiendo lo de Kit, pero ¿por qué Celia la invitó a *ella*?

—Porque Andrew no vendría sin ella.

Min parece indignada.

—Esa mujer debería tener la decencia de no aparecer —retruca—. Para ser sincera, no puedo creer que Andrew tenga las agallas para ir.

—Puedes llamarla por su nombre, sabes. Tampoco es Voldemort.

—No tienes por qué pasar por esto, Lou. No te conviertas en una mártir. Podrías plantarte y decirle que no a Celia.

No voy a morder ese anzuelo. Nadie le dice que no a mi madre, ni siquiera Min.

No es que no aprecie la lealtad de mi cuñada. Nunca hubiera sobrevivido los meses espantosos que siguieron a la partida de Andrew si no hubiera sido por ella, en particular con una niña de doce años traumatizada y un bebé recién nacido a quienes cuidar. El más pequeño de los cuatro hijos

varones de Min todavía usaba pañales en esa época, pero ella siempre estaba ahí cuando yo la necesitaba. Min llevaba a Bella a la escuela aquellas mañanas en que yo no podía salir de la cama, se aseguraba de que yo comiera y me ayudó con los desgarradores trámites del divorcio: a encontrar un abogado decente, guardar la ropa de Andrew en cajas, retomar el trabajo. Me escuchaba con paciencia mientras yo sollozaba dentro de una copa de vino y trataba de entender lo que había sucedido. Y cuando parecía estar a punto de ahogarme en la desesperación, ella me dio la dosis precisa de amor y firmeza que necesitaba para empezar a vivir de nuevo.

Lo que más le cuesta aceptar es mi necesidad de dejar atrás el pasado de una vez y perdonar a Andrew. Su constante hostilidad hacia él es casi tan agotadora como la serena negación de mi madre a aceptar que él nunca regresará.

Andrew me rompió el corazón. Pero han pasado cuatro años. Y si no dejo ir el resentimiento, terminará por consumirme. Sigue siendo el padre de Bella y Tolly, y ellos lo aman.

No importa lo que piense Min, no soy una mártir ni me dejo pasar por encima. He aprendido a tolerar la presencia tóxica de Caz en mi vida. ¿Qué opción tengo? Es la mujer del padre de mis hijos. Y la madre de su medio hermano. De una manera perversa, me guste o no, eso la convierte en familia.

—Por favor, Min, olvídale —le pido con cansancio—. Es solo un fin de semana en mi vida. Supongo que podremos atravesarlo sin matarnos unos a otros.

—Tenemos casi siete semanas —responde Min, en un vertiginoso cambio de táctica—. Hay una dieta maravillosa, te va a encantar. Una combinación de la dieta paleo y la de los grupos que cuentan las calorías; vas a perder cinco kilos sin darte cuenta. Te prestaría algo mío para que te pusieras, pero eres demasiado alta...

Escucho unos pasos pequeños arriba y cierro la puerta de la cocina para que nadie me escuche.

—No estoy tratando de competir con Caz, Min. Ya no tengo chance. Tiene veintinueve años y el aspecto de una modelo, mientras que yo tengo los pechos casi en el ombligo y arrugas hasta en las orejas. Podría hacer dieta hasta el final de mis días y jamás tendría sus pómulos. —Dejo escapar un suspiro—. Aprecio que quieras levantarme el ánimo, pero aunque me sometiera a un cambio de imagen como hacen las celebridades, no serviría de nada. ¿Qué sentido tendría destruir la familia de Kit ahora?

—Volvería a juntar a *tu* familia.

—No. No lo haría.

El ceño fruncido de Min cubre toda la pantalla.

—Eres demasiado buena.

Vuelvo la vista hacia la invitación sobre la repisa. Andrew y yo teníamos un trato. Un trato que no incluía aceptar invitaciones a la celebración de las bodas de oro de mis padres ni acercarse al resto de la familia, para el caso. Un trato que él ha roto, a pesar de que le dije que habría consecuencias.

—En realidad, Min —digo y volteo la invitación boca-bajo—. No soy tan buena.